

TEMOR Y TEMBLOR

Sören Kierkegaard

Las tres religiones monoteístas aclaman a Abraham como Padre en la Fe. Él encarna al hombre de fe. Y no sin razón. Creyó a Dios cuando, siendo él de edad avanzada y su mujer estéril, le prometió una numerosa descendencia. Mantuvo su fe en El, contra toda esperanza, cuando los años pasaban y su ya anciana mujer no concebía el hijo prometido. Todos se daban cuenta de que, sencillamente, era esperar lo imposible. Aquel viejo, cercano ya a la muerte, y sin descendencia, debió ser, con su absurda pretensión, el hazmerreír de familiares, siervos y conocidos, siempre confiado en que, contra toda evidencia, había de ser el padre de un gran pueblo.

Sin embargo nació Isaac, hijo tan confiada y largamente esperado, hijo amadísimo. El era la prueba viva de que su fe no había sido en vano, y en él se veían confundidos cuantos de Abraham se habían mofado. No había sido vana su esperanza.

Y así es como llega el terrible momento en que Dios pide a un Abraham más anciano aún que sacrifique a ese hijo en la cima del monte Moria. Luego de tres días de angustiosa ascensión, en que Isaac una vez y otra pregunta a su amado padre cual sea la víctima del sacrificio que van a ofrecer, llega el momento en que, súbitamente y de modo inesperado, Abraham se abalanza contra su hijo con un cuchillo en la mano y una expresión asesina y feroz en su rostro.

No pudo ser de otro modo, observa Kierkegaard. No pudo ser el Abraham relamido, representado por bienintencionados pintores, que alza el cuchillo mirando al cielo con expresión beatífica, tan soporíferamente elogiado en mil sermones de domingo. No. Para entender la escena del monte Moria tiene que haberle robado a uno muchas noches de sueño. Tuvo que ser cosa de un instante y que la expresión en el rostro de Abraham debió ser necesariamente feroz, porque el hombre de la Fe tuvo que preferir que, en su último momento, su hijo Isaac perdiese la fe en su padre y se encomendase a Dios antes que se encomendase a su padre perdiendo la fe en Dios y blasfemase contra El.

Esta renuncia a lo que más quería, a la vez amadísimo hijo y cumplimiento de la esperanza que había alumbrado su vida, es rasgo común que el hombre de fe tiene con el héroe.

Hablemos del héroe. El héroe entrega lo que más quiere y hasta se entrega a sí mismo por la colectividad, por su pueblo. Esa renuncia heroica es causa para nosotros de la más profunda admiración. Es el hombre ético por excelencia. Fue quizá una vez hombre estético, en una primera etapa de su vida, todo él disuelto en una vida de placer. Pero alguna circunstancia de la vida, o quizá una primera reflexión de madurez le llevó a un estado de crisis en que sintió que no era ésa la vida a la que estaba llamado, pero ¡renunciar a vida tan placentera! ¡tanto placer en lo finito! Y en aquel terrible dilema conoció la angustia. Si no hubiera obrado con valentía, si hubiera seguido en ese primer estado miserable, seguiría siendo, sí, el hombre estético, pero no ya como el de antes, pues viviría sumido en un estado de desesperación (la desesperación, dice Kierkegaard, es la característica más propia del hombre de nuestro tiempo) Pero fue valiente, y dio el ciego y oscuro salto del trapecista a quien parece va a caer en la oscuridad, en la nada, hasta experimentar la sorpresa de verse acogido en los brazos amables de la paz, de la felicidad, de la alegría. Su premio a la renuncia es la vida ética. Vive conforme al ideal de la humanidad y experimenta el consuelo de la humanidad que lo acoge como suyo. Experimenta un consuelo más espiritual que aquél de los placeres. Ha conocido el consuelo de lo general.

Porque la ética es lo general. La ética es la norma válida para todos los hombres, y que bien podría resumirse en anteponer el bien general, el bien del pueblo, a la propia persona. Y el pueblo lo reconoce y lo agradece. Y es éste un consuelo muy superior al consuelo de la vida placentera .

Y aunque no sea lo ordinario, puede llegar la ocasión en que la historia de un pueblo exija de un solo hombre, para la salvación de ese pueblo, el sacrificio máximo, quizá el sacrificio de su propia vida. Y vemos entonces al hombre ético convertido en héroe, en el hombre que ha vivido la ética hasta el grado extremo, hasta el grado de sacrificar su persona por el bien de su pueblo. La filosofía ética del pueblo entiende su gesto, y lo aclamará siempre como suyo.

Héroes han existido, y todos conocemos su ejemplo, pues con justicia son recordados de generación en generación. El ejemplo del héroe nos llena de la más profunda admiración. Pero lo que nos deja sin poder articular palabra, temblando de temblor, es la posibilidad de un hombre de Fe. Es decir, un hombre que ha renunciado a lo finito por lo infinito, y entonces, desde lo infinito y en virtud del absurdo, ha recuperado lo finito.

“Pero hay una cosa que me llena de pavor y me hace temblar hasta la médula, a saber: pensar que se pueda perder del todo la razón y con ella la finitud entera –cuyo agente de cambio es cabalmente la razón-, y que entonces en virtud del absurdo se recupere justamente esa misma finitud perdida. El hecho de que me espante tal pensamiento no significa que el fenómeno sea para mí de poca importancia y deleznable, al revés, lo considero el único prodigio”

¡Si supiera de tan solo de un hombre de Fe! Dividiría mi vida en dos mitades. Una la pasaría la pasaría a su lado, observando todos sus movimientos, sin perder una sola de sus palabras, uno siquiera de sus gestos, Y pasaría mi otra media vida tratando de acomodarla al modo que hubiera aprendido. Pero Kierkegaard se lamenta a continuación de que lleva muchos años buscando a un hombre de Fe sin haberlo hallado aún en ninguna parte. ¡Y puede ser que haya muchísimos! Puede hasta ocurrir que uno de cada dos hombres de Copenhague sea hombre de Fe, y eso sin que hayamos podido percatarnos de ello.

¡Por fin lo hemos encontrado! ¡Sigámoslo, pues, el día entero! Caramba, pues parece que ha dormido bien. Vaya desayuno. El café con leche va con huevo frito, y no son una sino dos naranjas. Su mujer, bastante guapa por cierto, quizá tirando a gordita, bella porque es madre. Ahora le está retirando los restos del desayuno mientras nuestro hombre de Fe, chaquetón y gafas, lee tranquilamente el periódico. Después de rato bastante largo lo hemos visto cambiar de mano de su mujer el chaquetón por la chaqueta y el periódico por la cartera, y sale de casa después de besarla tiernamente. Diríamos que estamos ante el típico burgués feliz, el hombre que vive de rentas de un buen elegido matrimonio, a quien quizá la vida apriete, pero, desde luego, no parece que ahogue.

Lo vemos ya en la oficina. ¡Uf! ¡no pierde un minuto! Resuelve esto y aquello. Es expeditivo. Despeja a corner cualquier asunto B o C, para concentrarse en los aspectos A de su trabajo. Desde luego, luchador lo es: cuando se marca un objetivo va a por él. Si hay que pelearlo, lo pelea. Diríamos ahora, pues, que estamos ante el típico ejecutivo, o quizá ante un cargo político de responsabilidad intermedia, un hombre de ciertos logros --menos, desde luego, de los que pensó en su juventud-- y que intenta, lo mejor que puede, mantener ciertos criterios de excelencia a una edad en que claramente ha dejado de ser una promesa.

Después de la agradable y algo acalorada comida con los compañeros de trabajo, van todos a tomar un cafelito. Ahí lo tenéis ahora en el bar, hablando y discutiendo de lo humano y de lo divino, y no

parece que de fácilmente su brazo a torcer . ¿Qué dirías entonces de nuestro hombre de Fe? El típico señor para quien el reloj se para cada vez que se trata de arreglar el mundo.

Después de una tarde de trabajo continuado lo hemos visto llegar a casa agotado. Agotado. Pero los cuidados y ternura de su mujer son entonces un bálsamo. Lo recuperan hasta cierto punto . Los hijos andan por ahí con los deberes, y, luego, algo más entero, va a ayudarles un poquito (pero no del todo, ¿eh? los tienen que hacer ellos) Alterna esos últimos menesteres paternos con el telediario, a ver que ha pasado ese día en el mundo, en lo que encuentra al fin y al cabo un modo de desconectar y descansar.

Ya se han sentado todos a cenar y , como su mujer no cree demasiado en la comida del trabajo ni en la del colegio de los niños, les ha preparado a cada uno un chuletón de cerdo ¡con patatas fritas! Y ahí tenemos al hombre de fe, acabada la bendición de la mesa, con qué cara feliz se dispone a abalanzarse sobre el chuletón que en justicia distributiva le corresponde (aunque lo misma cara pondría si se tratara del pescado inapetente de los viernes). Si viéramos el modo en que se ilumina su cara en este momento diríamos que se trata de un salchichero. A todo esto -a todo, sin excepción- hace mucho tiempo que renunció por amor de Dios, y renuncia en cada momento para aceptarlo tan solo porque El lo quiere.

Si lo he mos visto veliz era porque amaba la voluntad de Dios. (¿y cómo íbamos a saberlo? ¿cómo íbamos a saber que no se trataba del chuletón de cerdo?¿Cómo íbamos a distinguirlo del hombre estético?) Lo paradójico es que lo encontramos feliz precisamente en la misma vida a la que ha renunciado. Es su vida solo porque estima que es la que Dios ha querido para él. Como podría haberle pedido cualquier otra. Que este nivel de existencia se haya podido dar alguna vez, que haya podido haber tan solo un hombre que haya renunciado por Dios a todos esos bienes finitos que hacen la delicia de una vida, y sin preguntarse por razón alguna sino tan solo porque lo quiere Dios lo haya recuperado y viva entre ello como si nada hubiera pasado (hasta el punto de hacerlo irreconocible), del modo en que Abraham recuperó a Isaac después de haberlo ofrecido a Dios, es algo que nos deja estupefactos. Sin palabra. Temblando de temor.

Obviamente, he actualizado la descripción que hace Kierkegaard del hombre de fe ¿no había telediarios!, y al releerla luego encuentro cuan inferior es a la suya, y no puedo dejar de reseñar al menos de reseñar las palabras con las que Kierkegaard termina su inesperado cuadro:

“Nuestro hombre, en cuanto anochece, entra en el salón y se pone a fumar en su pipa. Entonces podría jurarse que se trataba de un salchichero vegetando en la penumbra crepuscular. vive en una indiferencia completa, como si fuera un haragán de tomo y lomo, al que lo mismo da ocho que ochenta. Y sin embargo, paga el precio más alto por cada instante de su vida y no pierde ni siquiera un minuto del precioso tiempo, puesto que hace todas las cosas, incluso las más insignificantes, en virtud del absurdo. Yo diría que es para irritarse y enfurecerse, al menos comido de envidia, cuando se sabe, por otra parte, que en la vida de este individuo no transcurre tampoco ni un solo minuto en el que no realice el movimiento propio de la infinitud (por tal entiende Kierkegaard el primer movimiento del hombre de Fe, común con el héroe, el movimiento de renuncia a lo finito) ... Ha sentido en su propia carne los dolores de la total renuncia a lo más querido en este mundo; y, a pesar de todo esto, goza y saborea las cosas finitas con una satisfacción plena, como pudiera hacer quien nunca conoció nada más elevado, con la diferencia de que él, en su complacencia en lo finito, no muestra jamás un adiestramiento pusilánime y angustiado, típico de los hedonistas meramente terrestres. Se deleita y gusta de todas las cosas de este mundo con una confianza tan ilimitada que parece como si para él no existiera nada más cierto. Pero en definitiva, toda esta actividad e interés terrenos por él representados y ejecutados con tanta puntualidad no son otra cosa que una nueva creación en virtud del absurdo “

Para poder expresar el pensamiento de Kierkegaard me viene ahora a la memoria un recuerdo de mi vida como estudiante. Hace más de treinta años me examiné de historia de la filosofía al acabar mi bachillerato, y el examen constó de una sola pregunta: "¿es posible bautizar el marxismo?" (ser marxista era entonces, en los años sesenta, lo progresista, era la moda) Aquello me desconcertó ¡después de tanto memorizar! Un examen así no me obligaba a recordar, como los otros, sino a pensar. No era obvia la respuesta. Después de darle vueltas y más vueltas al asunto concluí que no era posible tal bautismo, porque en el marxismo la sociedad es prioritaria a la persona. El gran proyecto marxista es de transformación del mundo, de la sociedad, no de la persona, y de hecho el paraíso, o sociedad sin clases, que promete no es para la persona concreta, para el individuo actual que probablemente morirá sin haberlo visto, sino para la sociedad. En el cristianismo, en cambio, la persona es primero que la sociedad: la conversión cristiana es conversión de la persona, y gozar eternamente de Dios es el paraíso que Jesús promete a cada persona singular que se una a El. Dios quiere que todos se salven –leemos en San Pablo- pero la salvación es a fin y al cabo personal. Cada persona ha valido toda la sangre de Jesucristo.

Creo que si me hubieran examinado hace más años, unos setenta años, en Alemania, cuando el progresismo se llamaba entonces nacionalsocialismo y cualquier oposición se ridiculizaba como retrógrada, y si me hubieran formulado la misma pregunta referida al nacional socialismo, si es posible bautizarlo, la misma respuesta que he recordado hubiera servido, y exactamente por las mismas razones. No casualmente nazismo en Alemania y marxismo en Rusia llegaron en la práctica a formas de expresión y métodos muy parecidos.

Hegel es la inspiración filosófica última --cronológicamente la primera-- de ambas ideologías totalitarias nacidas en Alemania, según es posible rastrear a lo largo de la historia de las llamadas izquierda y derecha hegelianas, y según se sigue de otro rastreo más conceptual: en Hegel el espíritu subjetivo (es decir el espíritu de un individuo) es idéntico al objetivo – negarlo sería "blasfemar contra el Espíritu Santo"- y ha de ser hecho objetivo en las leyes del estado. "Identidad de subjetividad y la objetividad" Esta es la misión, según Hegel, del pueblo alemán.

Identidad de el sujeto, de este hombre, este individuo que es en definitiva quien existe, con el objeto, es decir con la idea, con "el hombre", con la humanidad (en definitiva: que existencia no es sino esencia, o, dicho en palabras exactamente hegelianas, que lo real no es sino lo racional) Así pues, no ha de extrañar que para Hegel el bien del individuo haya de ser su identificación con la colectividad. "Hegel, cuando en su capítulo sobre el bien y la conciencia determina al hombre exclusivamente aislado tiene razón al considerar esta determinación como una forma moral del mal". Kierkegaard recrimina a Hegel por no haber pedido, en estricta coherencia, la expulsión de Abraham del santoral: "Hegel se equivoca de medio a medio al hablar de la fe y al no protestar de una manera clara y contundente contra la veneración y la gloria de que es objeto Abraham en cuanto padre de la fe, cuyo proceso debería ser revisado y a quien habría que proscribir por asesino. Que nos las habemos con pensadores serios y coherentes que sabían de lo que hablaban lo prueba el hecho de que Hegel, en efecto, había expresado por escrito su juicio condenatorio del universalmente admirado sacrificio de Abraham, pero ese escrito de Hegel no fue publicado hasta 1907 por lo que Kierkegaard no pudo conocerlo.

Por esta razón, observa Kierkegaard , "en la filosofía hegeliana lo exterior-o la exteriorización- es superior a lo interior" " La fe , en cambio, es esa paradoja según la cual la interioridad es siempre superior a lo externo" En consecuencia, "según la concepción hegeliana de la vida la tarea del individuo consiste en despojarse de su categoría interior para expresarla en lo externo" , en tanto que "la

paradoja de la fe, en cambio, consiste en que hay una interioridad que es inconmensurable con todo lo externo” Ciertamente es que Hegel habla también de Fe, pero para él la Fe no es sino la expresión en representación religiosa de la misma verdad de la filosofía. Deber moral es ética. Filosofía es teología. Religión es razón.

No está mal. ¡Qué bien hubiera venido esto a Abraham, en aquellos momentos de inenarrable angustia!: que el consuelo de Dios, sea de paso consuelo de los hombres. O sea: nadar y guardar la ropa.

Pero no. “La Filosofía no comprende ni puede darnos la Fe” “La conducta de Abraham, desde el punto de vista ético, se expresa diciendo sin rodeos que quiso asesinar a su hijo, y desde el punto de vista religioso que quiso sacrificarlo” Nada podía evitar la angustia en el momento en que el hombre ético se ve llamado a dar el paso de la Fe. El análisis que Kierkegaard hace de este paso es idéntico al que hace ante la angustia del hombre estético que ha comprendido que debe dejar aquella vida por una vida ética. Es un ciego y oscuro salto que exige valentía, y cuya omisión sumergiría para siempre al hombre en la desesperación, tanta más cuanto más se ve aclamado y felicitado por todos. Pero que una vez dado, nos lleva a la felicidad. A esa felicidad del hombre de Fe que es la felicidad del hombre a solas con Dios, tan distinta del consuelo de los hombres. Porque “el caballero de la fe sabe muy bien dónde se halla y cómo se relaciona con los demás hombres. Estos, en su lenguaje propio, lo consideran sencillamente como un loco y nadie lo puede comprender. ¿Un loco? Tal es la expresión más suave que se le puede aplicar, porque lo más corriente, enfocándolo desde otro ángulo, es que se lo llame un hipócrita y, tanto más consumado y peligroso, cuanto más haya ascendido por su camino solitario”

Y nada puede evitarlo porque no hay componenda alguna que diga lo que diga el señor Hegel y todos esos profesores hegelianos que se ganan bastante bien la vida en sus cátedras “dudando de que existen una hora cada semestre”. Para la ética aquello era un asesinato. el asesinato de un ser inocente. No había por donde excusarlo. Pero no así para la Fe. Porque “¡cuán enorme es la paradoja de la fe! Una paradoja capaz de convertir un crimen en una acción sagrada y agradable a Dios; una paradoja que le devuelve su hijo a Abraham; una paradoja, en definitiva, que no puede explicarse por ningún razonamiento, ya que la fe comienza cabalmente donde terminan los razonamientos”

Por eso la tentación de Abraham, dice Kierkegaard, fue la Ética, esto es “lo general”, no suspender la Ética por la Fe. No, no lo aclamaría su pueblo como héroe sino que lo condenaría como asesino. Y el no dice palabra. Nada dijo de porqué iba al Monte Moria, de que le hubiera hablado Dios, ni a su mujer ni a su criado Eleazar, ni a su hijo, que, acercándose al lugar del sacrificio, le preguntaba. El hombre de fe no se diluye en la sociedad y no busca en ella su consuelo, sino que, individuo, solo ante Dios, guarda silencio (recordemos que la obra de Kierkegaard no está firmada por él sino por Ioannes de Silentio). Y guardar silencio sobre el mandato de Dios fue la expresión asesina que impuso a su rostro en el momento de avalanzarse sobre su hijo, para que éste, en su último momento se encomendase confiado a los brazos de Dios huyendo de la impiedad de su padre, en vez de que blasfemase confiándose a su padre ante la impiedad de Dios. No. Abraham no habló. No podía hablar. No debía hablar. El hombre ético, el héroe encuentra el consuelo de lo general, porque pertenece a lo general. El hombre de Fe solo encuentra consuelo en Dios. Porque está solo ¡solo! ante Dios. La verdad no estaba para él en una esencia abstracta, en la humanidad, sino en la existencia, y por eso su vida ha de consistir en hacer su existencia verdadera. Al ofrecer al reo la oportunidad de unas últimas palabras antes de ser ejecutada la condena, la posibilidad de unas palabras que lo justifiquen ante la humanidad y sean por siempre recordadas, podemos tener una señal indirecta del nivel al que sucedía aquella existencia humana. “Con frecuencia ha sido objeto de mis meditaciones la pregunta sobre en qué medida un héroe trágico, en la cumbre de sus padecimientos o de su acción, debe pronunciar una última réplica. La respuesta a esta pregunta depende, a mi modesto juicio, de

la esfera vital a la que el héroe pertenezca, del grado de importancia intelectual que haya cobrado su vida y, finalmente, de la relación que sus padecimientos o su acción mantengan con el espíritu”

O lo uno o lo otro. Este es el título de la primera obra filosófica de Kierkegaard. Y ningún hegeliano más o menos de moda podrá evitar a Abraham, puede evitar o a quienquiera llamado a ser hombre de Fe, su indecible angustia: O la voluntad de Dios, para mí, particular, y entonces no otro consuelo que el consuelo de Dios, o la Ética, esto es lo general, y el consiguiente consuelo de lo general, de ser entendido, amado, recordado por un pueblo agradecido que me reconocerá siempre como suyo. O lo general o lo particular. O la esencia universal, el “hombre”, la humanidad, o la existencia que será siempre particular, será este hombre, este individuo. U optamos por el mundo de las ideas, por un mundo ideal en el que una vez hayamos entrado nunca saldremos u optamos por la realidad. O esencia o existencia. O mundo ideal o mundo real.

No hay identidades, señor Hegel, no hay componendas. Hay que elegir. O el consuelo de la razón o la paradoja de la Fe. O existencia disuelta en una esencia, en lo universal, en la colectividad, o existencia particular, es decir existencia verdadera, puesto que solo existe el individuo. Ser o no ser. Esta es la cuestión.

CRITICA

En Kierkegaard –dispuesto a hacer de su vida una verdad- como en ningún otro filósofo hallamos una imbricación total de su vida y su filosofía, hasta el punto de que ésta es su biografía, y para comprender y hacer la crítica de esa filosofía resulta indispensable conocer su vida.

Sören, nacido en 1813, es el último vástago de una familia de siete hermanos. Inicialmente lleva una vida de Dandy, gran admirador del movimiento romántico alemán, el Sturm und Drang, y en particular de Mozart. Sabemos que varias veces en esa etapa de su vida acudió a recrearse con el Don Giovanni de Mozart. En esos años la muerte azota a la familia, llevándose en poco tiempo a su madre y cinco hermanos. La crisis existencial le llega en 1834 a raíz de una confesión terrible de su padre: todo aquello que les sucedía era debido a que él estaba condenado en vida, porque siendo de muy corta edad había cometido el único pecado que no se perdona al hombre. Abrumado por la pobreza y el hambre, había levantado el puño al cielo y había maldecido a Dios. Aquella confesión supuso para Sören un “terremoto interior” que le llevó a una conversión personal, fruto de la cual será la terminación de los estudios de teología que había iniciado por deseo de su padre tiempo atrás. En 1837 conoce a Cristina Olsen. El feo cheposo y la niña alegre de buena familia, la muchacha más bella y apetecida de Copenhague galantean durante dos años, y en 1840 se prometen al fin en matrimonio, muy enamorados. Pero inmediatamente después Sören intenta romper el compromiso, a lo que Regina se opondrá, lo que prolongará la relación cosa de un año. Las razones de tan súbito cambio son misteriosas. El padre de Sören acaba de morir y éste vive torturado por el destino del alma del ser que más admiró en vida (quizá Sören ha ofrecido su vida por él). El sacrificio del monstruo Tritón enamorado de Inés, con el que Kierkegaard nos muestra al final de la obra que comentamos la profunda dimensión existencial del silencio, tiene resonancias en la vida de Sören y Regina. El Tritón ha sabido que ha de hacerla desgraciado y ha de renunciar a ella, pero si ella conociera este gesto admiraría más al Tritón, se enamoraría más de él, y en consecuencia sufriría más. Para evitarlo el Tritón se comporta con Inés de un modo odioso, guardando silencio sobre sus verdaderos motivos y sentimientos. Cuando Sören devolvió el anillo de prometidos a Regina de modo irrevocable, oyó de ella estas últimas palabras: “Sören, has jugado conmigo un juego cruel”. Al año siguiente Sören escribía “Temor y Temblor”, tal y como nos ha llegado, bajo pseudónimo: Ioannes de Silentio.

Hemos de criticar ahora la principal obra filosófica de un autor que hasta tal punto desprecia la filosofía –en un ambiente en que se le rindía culto hegeliano- que no contento con declararse al principio de esa obra ajeno a toda filosofía dedica luego la obra enteramente –precisamente la obra que él consideró siempre como clave- a ¡comentar un pasaje de la Biblia!: el sacrificio de Abraham en el monte Moria. Como lo que allí sucedió ejemplifica todo lo que se nos quiere decir en Temor y Temblor, quiero comenzar tomando partido acerca de lo que allí sucedió, y en esa misma medida servirá como ejemplo de todo lo que quiero expresar en esta crítica.

No sucedió que la ética fuese suspendida por la Fe. No fue la ética la tentación de Abraham. No se le dió a elegir a Abraham entre Ética y Fe. Porque la Ética, bien fundamentada en una sana Teodicea, enseña que solo Dios es dueño de la vida, por lo que no puedo tomar por mi mano lo que es de Dios. No puedo tomar la vida de otro hombre, pero sí puedo y debo devolverla a Dios, si me la pide como dueño que es de ella. No hubo ahí, pues, oposición de ética y fe, ni jamás podrá haberla. Pues a la ética llegamos con nuestras luces naturales. Es la ley grabada no en tablas de piedra sino en tablas de carne, que son nuestros corazones –según nos recuerda San Pablo- y por tanto no es concebible contradicción en la voluntad de Dios manifestada al hombre de uno u otro modo. Porque Dios es uno, y es bueno y es veraz. Y no es concebible en él contradicción alguna.

Los católicos expresamos esto diciendo que la gracia complementa la naturaleza, pero nunca la destruye, ni se opone a ella, pues el pecado original no corrompió sino que simplemente debilitó nuestra naturaleza. En un luteranismo en el que la naturaleza humana no se considera meramente vulnerada sino totalmente corrompida, esto no puede entenderse no se admite que haya trato alguno entre Fe y Razón. La Fe es el absurdo, la paradoja. El “Credo quia absurdum” de Tertuliano, es pues plenamente compartido por Lutero, fiando pues al sentimiento humano el lugar de la razón. Así pues, aunque el pensamiento de Kierkegaard se llegó a acercar mucho al catolicismo –y declaradamente se distanció del luteranismo- él no puede evitar ese punto de partida, ese sesgo de su formación teológica en un luteranismo en el que la razón no es entendida como propedéutica alguna hacia la Fe, sino en radical oposición a ella, cuenta habida del estado en que quedó tras del pecado original.

Así también es luterano el acento puesto sobre el sujeto en la filosofía de Kierkegaard, quien obedece directamente a Dios sin mediación alguna de una Ética, de una norma universal, y quien conoce a Dios sin mediación alguna de dogma –al fin y al cabo un mundo de ideas- sino solo en la experiencia personal. Es pues una religiosidad que mira más al sujeto que a Dios mismo, primando la experiencia subjetiva sobre la Ciencia de Dios. Esa primacía del sujeto es la esencia misma del luteranismo: el sujeto solo ante Dios. Es el principio que Lutero enunciará como “sola scriptura”, como el sujeto solo ante la Palabra de Dios, sin mediación del Pueblo de Dios, de la Iglesia. Ciertamente es que el mandato de predicar que Jesucristo dio a los apóstoles no casa bien con que no hayamos de darles crédito sino solo a una Escritura de la que ni siquiera habló, pero, tenga o no fundamento en la Escritura, ese principio subjetivista es el punto de partida de Lutero.

Kierkegaard no puede desprenderse de esa raíz luterana, a pesar de su distanciamiento progresivo y sus fuertes invectivas sobre la dilución contemporizadora de la exigencia cristiana por parte de la Iglesia protestante, su nadar y guardar la ropa, invectivas que fueron a más hacia el final de su vida hasta el punto de que la muerte le sorprendió repartiéndole panfletos que él mismo escribía.

O lo uno o lo otro. En la medida en que Kierkegaard se opone frontalmente con esta expresión a las forzadas identificaciones de Hegel y a sus reduccionismos simplistas, estamos totalmente de acuerdo. Bienvenido sea. Falta hacía en ese ambiente cargado de racionalismo, ya en su etapa final de idealismo, según el cual todo lo racional es real, y la existencia no otra cosa que la esencia. No podemos pretender que elegido ese camino, el camino de la esencia ¡partiendo de la Idea! recuperare-

mos al fin la verdadera existencia. Será una existencia pensada, una existencia-idea como la del Dios de San Anselmo. Se habrá perdido para siempre la existencia verdadera, el individuo, lo que realmente existe. No. El punto de partida de la filosofía es la existencia ¡Res Sunt! Y por tanto la primacía es del individuo, ya que él es lo real y en cuanto tal estará siempre por encima de lo general.

Solo esta consideración podrá librarnos de los colectivismos totalitarios que han sido la herencia política del pensamiento hegeliano del siglo XIX . El pensamiento filosófico más característico del siglo XX es en cambio existencialista, personalista, acusa más la influencia del filósofo posterior, y en consecuencia –pues que la política de cada siglo es la filosofía del anterior- se anuncia, en mi opinión un siglo XXI cuyo pensamiento político será más hostil a los totalitarismos y más sensible a la persona.

O lo uno o lo otro. O la razón o la Revelación. En la medida en que se afirma con ello que no son lo mismo, expresamos de nuevo nuestro acuerdo. Sea Kierkegaard bienvenido y en buena hora en un ambiente cargado de racionalismo, cargado pues con la pretensión liberal de reducir la fe a unas consideraciones filosóficas, desnudándola de todo elemento sobrenatural. Pero en la medida en que se contempla aquí la posibilidad de contradicción entre ambas y por tanto la angustia de tener que elegir, he de declarar gustosamente que Dios ha ahorrado al hombre esa angustia, porque no es posible que la Fe contradiga jamás a la recta razón, aunque pueda llegar en muchas ocasiones hasta donde la razón no llega.

O lo uno o lo otro. O el hombre ético o el hombre de Fe. No. Esto de ningún modo podemos admitirlo. La vida del hombre de Fe será siempre una vida ética, aunque pueden darse ocasiones heroicas en que quizás solo él sepa que está siendo fiel a la ética, y no encuentre el consuelo de los hombres, aunque el hombre de Fe solo busque la voluntad de Dios y el consuelo de Dios, y su vida transcurra escondida con Cristo en Dios. Porque Dios es también el autor de la naturaleza humana en la que leemos la norma ética como su norma de conveniencia y porque en nuestra naturaleza llevamos inscrita esa norma. Y en Dios no puede haber contradicción ni engaño.

En conclusión, mantenemos casi intacta la prodigiosa definición kirkegaardiana del hombre de Fe, con la sola variación de una palabra. El hombre de Fe seguirá siendo para nosotros el hombre que ha renunciado a todo -a todo sin excepción- por amor a Dios, y que luego recupera lo que Dios quiere que recupere y solo porque El lo quiere. En efecto, casi imposible os será distinguirlo del hombre estético. Porque no busca el consuelo de los hombres, y guarda en silencio ese doble movimiento de renuncia y aceptación –presente en cada acto de su vida-. Pero sustituimos la palabra “absurdo” por “armonía”. Porque la voluntad de Dios sobre mí no puede nunca ser el absurdo. Dios es uno y es veraz. Y esa es para la mía la garantía de que su palabra, aunque pueda ir más lejos que la lumbrera de la naturaleza que él mismo ha creado, estará siempre en armonía con ella:

El hombre de Fe es el que ha renunciado a lo finito por lo infinito, y entonces, desde lo infinito y en virtud de la armonía ha recuperado lo finito.

Kierkegaard ha escrito: “Por la fe, en cambio no digo adiós a ninguna cosa , sino que las recibo y alcanzo todas... Para renunciar a toda la temporalidad, con el fin de ganar la eternidad (habla pues del hombre ético, del héroe) hace falta tener un coraje meramente humano.... Pero para incorporarse íntegramente a la temporalidad en virtud del absurdo se necesita poseer el sentido de la paradoja y un humilde coraje, exactamente el coraje de la fe. Abraham no renunció a Isaac en virtud de la fe, sino que por ella lo obtuvo plenamente”. Releamos este texto sustituyendo el término “absurdo” por “armonía” y “la paradoja” por la “voluntad de Dios” y encontraremos, sin que preceda la angustia, el sentido más profundo de nuestra vida. Y así convendremos con Kierkegaard en que “el caballero de la Fe” por muchos que hayan sido sus dolores y pruebas, es el único dichoso y heredero directo

de este mundo finito, mientras que el el caballero de la renuncia es un extraño y un vagabundo”. Y cuando Kierkegaard dice “Sí, el prodigio está en vivir así , en virtud del absurdo, alegre y feliz en cada instante”, nosotros terminamos:”No. El verdadero prodigio está en vivir así, en virtud de la armonía, alegre y feliz en cada instante.”